

CRÍTICA REVISTA MULTICOLOR — Mayo (inscripción: caducación) — Buenos Aires, Noviembre 18 de 1939

[illegible]

Compañero de oficina el arañas

Es un hombre común, casado y con hijos. Tiene 35 años; es grueso, calvo y de regular estatura. Lleva 4, 6, 8, 12 años de servicio. No se sabe cuando dice la verdad ni hasta donde se cuenta lo que le sucede con el empleo, con la familia, con el suegro, con la pibeta y con la mamá continua de su próxima cónyuge. Siempre tiene 0.20 pesos en uno de los bolsillos al lado izquierdo. Da la impresión de que nunca fue dueño de un centavo. Se queja continuamente y continuamente habla de pedir unos pesos (a nadie presta un centavo). Cuando llega a su empleo se siente la seguridad movida de conversar con lo que es el administrador del Ministerio. Todos los presentes de la oficina parecen haber pensado por él. Es divertido cuando se le abraza y despreciable cuando se le trata de pariente al canalero de su vida.

Amaba su oficina. La pregunta va fuera de matiques. El de la cachada se refugia con un cierto aire de superioridad. Mi compañero de oficina se siente indignado, con el instinto al grado mayor de la hombría. Entonces le dice: «Que quieres con tu cultura? (Te crees que son los únicos que sabe ortografía?). He leído a Alfama, he leído... [Y soy un hombre...]

Se siente indignado. Amaba su oficina, pero era de su vida. Después, dueño de tanto coraje, se dirige hacia la oficina donde un alto jefe se palpa que le tiene simpatía. Entra. Lo convence con confianza y de otras y tantas palabras misteriosas. Lo convence, en fin, finalmente, con una amena conversación, le reduce esas frases: «Uned es el único hombre digno de ser el Ministro. Por eso le voy a recomendar, con altura, este servicio. (Nunca he perdido nada) Y como empleado me siento orgulloso de mi honestidad e identidad. Soy amigo de mi jefe y cumplo...»

Se va contra de la oficina, en todo lo que se rodea en las horas ajenas a su obligación y en privado. (El le dirá la injusticia que se hace conmigo).

Mi compañero de oficina sale de este lance como si volviera de una conquista. Entra a la oficina todo expansivo.

Son las 16 horas y él se va a casa con el corazón contento y se repite un superior. Mi compañero se concentra, abrumado de

trabajo... Hace música, escena. Se llena las manos de papeles y por casualidad resulta que tiene algo que hacer. También por casualidad se atrina al superior. Ofrece el modo de entrar y algún fin. Por asuntos de carácter intercala tantes. Lo trabaja por las carreras, la fama, el próximo ascenso, la política, etc., hasta encontrarse el lado fijo. Cuando cree que está en el caso, le busca procura hacerse amable y se oso...

Dentro de unos días estará, en éxtasis, con la mira de fin en el suelo. Alguien le dirá: «Hoy no has pasado nada a tu familia...»

Mi compañero se dará cuenta que le espantan la mosca... Hace un gesto suplicante y se accionando expansivo, encenderá un cigarrillo con aires de señor. Al fin, después de un rato, se presentará a la oficina de aquel superior que puede y que no tiene algunos datos que no fallan, le afirmará, de a poco, aquello de «Nunca he perdido nada».

La casa de las 17.30 horas mi compañero de oficina tiene en su oficina una atmósfera especial, como si hubiera administrado a todo el Ministerio. Después vuelve a caer en éxtasis. Al rato reacciona y dice, para consigo mismo: «Me parece que va a haber cesantías. Tengo un palpiteo...»

Los compañeros, desprecuados, creen que se trata de una pregunta ortográfica. Alguien le dice: «Ya con hache...».

Esa vez no se enoja. Convida cigarrillos y se muestra amigable (cuidado con esto) de cuando. Cuando alguien va a confraternizar con su amistad, mi compañero de oficina empieza a sentirse explotado por el Estado. Dice, a manera de insulto: «Ciento cuarenta y siete con veinte [Y no cobramos]. (Qué miseria...)

Simos los todos los días, los redoblados de las recomendaciones. Dicho esto continúa de un lado para el otro, huyendo de cuando con algún compañero. Y aunque no sabe escribir a máquina se pone a escribir, arrojando un tanto para sus adentros. Después se limpia las uñas con un escurridor, pero no se lava las manos. Sale a las 18 horas de la oficina, como todo un hombre de administración. Lleno, al parecer, de preocupaciones. No es muy compadrito, pero dice que tiene una pibeta que lo comerece.

Mi compañero de oficina es un hombre común, casado y con hijos. Tiene 35 años; es grueso, calvo y de regular estatura. Lleva 4, 6, 8, 12 años de servicio. No se sabe cuando dice la verdad ni hasta donde es cierto lo que le sucede con el empleo. Todos los presentes de la vida parece que han pasado por él, hasta la caída de litigios.



gásticos propios de esa época de la vida, y que son tan comunes durante el período de la desilusión, pero como el mal se agravaba, mi padre optó por consultar a un médico. Se tomaron algunas providencias. Sin embargo, la merma acusada en la salud de la niña continuó, cada vez más notable, hasta hacernos temer por su vida.

De pronto, tuvo lugar un suceso imprevisto...

Mi madre había manifestado en varias ocasiones la extrañeza que le ocasionaba el ver llegar a Livia cada vez que la noticia iba a darle el pecho. Como ese detalle la intrigaba, decidió sorprender la causa, pero tratando de no poner en guardia a Anaika con ninguna manifestación de su sentido, pues empezaba a sospechar de la conducta de ella.

En efecto, esperó la ocasión propicia, y una vez llegada, se introdujo subrepticamente en la habitación de la novita mientras ésta se disponía a amamantar a la criatura.

Se entabló el siguiente diálogo:

—¿Qué es lo que has escondido usted, Anaika?

—Nada, mamá, no es nada...

—A ver...

Mi madre levantó una almohada de la cama, y descubrió debajo una cacharilla de las usadas para pocillo.

—¿Y esto?

Sobre la mesadora, en una tabilla, encontró el frasco del Viole.

—Nada mamá, nada...

Mi madre le comprendió todo. Anaika estaba matando a la pequeña Livia a fuerza de vino, administrado en pequeñas dosis para que no se advirtieran de golpe sus efectos.

Guardó reserva. Se buscó a otra mujer. Se le entregó a Sandalio el importe para los pasajes, y el hijo negro se llevó a su mujer, enferma de nostalgia, a las feraces lomas del Sonda, y en ellas tuvo lugar la segunda parte del drama.

Sandalio, al partir con su mujer, cuya acción le había prometido un rudo golpe para su sensibilidad de real servidor, había prometido volver a su patria, pero cuando se acercó a ella, se dio cuenta, guardo, con sus suyos, hasta que se repusiera. Amaba a Anaika; la amaba con un amor circunspecto, casi felpo, pero intenso.

Comprendió que ella había obrado mal tan sólo a impulsos de un desequilibrio nervioso derivado de su gran depresión nostálgica, y la perdonaba, como nosotros.

Patterson.

A propósito de las islas del Archipiélago holandés, diré que son frecuentes tales lluvias de cenizas, fenómeno volcánico que redujo a abono todas esas poblaciones, periódicamente, durante muchos siglos.

A la semana de haber llegado ambos a Merspi, se desplomó uno de esos castigos sobre el hogar. Era el ardenido monstro del cielo invasor. Bosques compactos de bambúes fueron calcinados. Las chubas arrastradas, calientes de fuego, fueron sembrando los caminos, los campos, los montes, petrificados en las actitudes más diversas, agostados, fulminados. La gente, en esos momentos, muere de asfixia, agitando desesperadamente las manos alrededor de sus cabezas, como para buscarle un paso al aire...

Sandalio no sucumbió. Estaba lejos, en un barco, cuando tuvo lugar la catástrofe. Durante dos días con sus noches buscó a Anaika entre los escombros y los esqueletos. Al fin la encontró. Le dio sepultura, la lloró.

Cuando volvió a nuestra casa, reunidos las traves como de costumbre, Anaika se volvió a adormir después de lo que se dice, se exceptuó el estríbio que trasea de allá, canturreando monótonamente durante sus taras en el jardín, estando a solas, mientras agita las manos alrededor de su cabeza:

—El mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas...

res e as rio las



El Critico Boliche cereal de Chacarita. Antiguo paradero de carros, administrado ahora por el italiano Alberto. Algunos compañeros andaban preta y andaban en mercedarias partidas de truco. En el mostrador en cambio, se dio juego de cultura. Alguna, fien de buena fe, comenía una vana muestra sobre una obra teatral. Otro preguntaba, terminado el acto, sobre de cada, interrumpiendo: «Y cuando lo culas? (Avea, soy crítico).

La sugerión le pareció salvadora al protagonista.

—Si, soy crítico. Y qué hay?

—«Que qué hay? vuelve para todo el mundo más inabordable la exageradamente profunda conversación. Hay expectativa en la encerradura. Algunos truenos, que son los y las magníficas entras se tornan sobre las mueras. Llega la respuesta, cortante como un espujante).

—Que es a ser crítico? (Soy loco).

Se crispán los puños. La voz de Alberto que dice «A la calle, a la calle», no se ve en el reflejo de hombres que ya están afuera. Lluere. Un momento, y el estrido de boliche pade entre el fuego humido. El corralito de mirinos se contenta con la recolección. Retornan el embarbado, el convulsivo, y los otros al mostrador. Allí las cañas sellan la paz de muer. Alguien apunta maliciosamente:

—A vos, cho crítico, te embroma la literatura.

El hombre ya vuelto a lo suyo, se justifica, con una humildad que entorpece:

—Qué voy a ser crítico? Si lo dije en broma, hermano...

El Pedacito Pan Fue en un escritorio y depósito de materiales de la calle Dorrego. El herrero le regaló un pedacito de pan al caballerito, porque, comenabas:

El caballerito era correntino, y...

—¿Alguno correntino se le llega lo que pibe buennante. Lo pidió de prepotencia? (Lo pidió buennante? Difícil saber cuándo se llega a los diez minutos de haber esperado un disculpa entre corrientes).

El correntino fué jugando larra. Y de pronto se lanzó sobre el herrero, echándose su mano. Este, auxiliado por una suerte extraordinaria, tendió su mano a la boca y la volvió otra vez al frente, ya guardada de un afilado hierro, tal vez su ánimo de herir lo...

Pero el caballerito, ya lanzado, fué a encajarse un brazo en el hierro, instrumento de trabajo, no de pelea. Farcé recoher el sentido. Soló el cuchillo y se fué, sin buscar más castigo. A los dos para cada al suelo, medio desmorado por una arteria rota. Desde abajo no podía más conveer que el vino. El herrero, aliviado de corrientes, ante el duro espectáculo del hombre que se le iba acanando enfrente, le alcanzó el vino y así le lloró: un...

—Perdoname, hermano!

El correntino no contestó. No le contestó nunca en adelante, a pesar de que el otro, buscaba, con un despierto recordamiento, el instante de la reconciliación que le aliviaba de penas y temores.

En emargo la reconciliación llegó. Fué airon, dramática, la fué la presencia de una aguda salvaje, inhumana. Los vigas de hierro cayeron sobre las mueras del edificio torcido, un día que los rayos renovó imprudentemente en busca de desechos para herirlos.

El hombre se aflojó. Pero, solado, solado con el filo sobre la cabeza y al dolor fiero levantado, que elevó su cuerpo como una llaga. Los muchachos se miraron. A la cabeza el correntino. Este los miró. Puro su hombre, pero los vigas. Todo lo del, 12000 kilos las piezas, contra la tierra, ya no serían más que una masa fofa de miembros, nervaduras y sangre. Los otros no daban más. Pero al correntino se le iba, sacado, a la par del agotamiento.

—Grazia, hermano! No es por mí, verdad, que los pido que hagan fuerza... Ha por los vigos y la poterna... y el correntino.

—No tengo miedo! Ya va cayendo — terminó por murmurar. La grúa, al fin armada, lo cegó, talada, vino. Nueva intervención a los dos días. Voló la columna, todavía viva y contenta porque el capataz le había dicho:

—El edificio pibe te fellas las potras. Te vamos a dar un trabajo litante...

Y el correntino himself allí. Fecilla toda teatral, Obtuvo del profesor. Tanto, que el herrero pudo, luego, aprovecharse, en apenas un par de horas, cuando justos festejaban la ocurrencia del correntino.

—Un socorrido, hermano! (Qué manera aquello del pedacito de pan!)



-E- El mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas...

Este es el estríbio terco del tipo Sandalio, el padriero negro de larra, canturreando monótonamente por él en las más diversas ocasiones, mientras agita las manos alrededor de su cabeza como para desahucarse de una trama festible.

No se trata de ninguna aberración de su órgano visual, imputable a los achaques de la edad; por el contrario, el negro Sandalio conserva la vista válida como en su juventud. No; no se trata de eso.

El origen de esa rareza es preciso buscarlo, tal vez, en otra parte; seguramente en su pasado... (Ahí, pero el javanes es reacio a toda suerte de confidencias. El misterio de esas palabras, pues, queda siempre en pie, como un muro rocoso que en vano tratan de halar las endebles uñas de la curiosidad para trepar hasta su dilucidación.

—El mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas... Los hechos relacionados con la vida de Sandalio no me ministraron material suficiente como para que me fuera posible atribuir en concreto a alguno de ellos el origen de su estríbio petrificado, obstinado e invariable como el tic tac de un reloj girando en el momento. A pesar de ello, como el caso en sí es bastante curioso, me limitaré simplemente a narrar esos sucesos, por lo la perspicacia de algunos, más alejados de los muros, y por lo tanto mejor ubicado para apreciarlos, pudiera acertar con la clave que describe el enigma.

Veinte años hace, cuando nació Livia, mi última hermana, se trató de procurarle una nodriza, y se empleó en casa, con ese fin, una joven negra de rara belleza. Muchas veces ella me hizo pensar (yo era por aquel entonces un solitario romántico de un sedador, que se estaba particularmente de traer siempre a colación alguna cita histórica de mucho efecto, con el consiguiente disgusto de sus padres), me hizo pensar, digo, en la Venus de Chobut a que Sandalio hace tan frecuentes como volutas referencias en su codiciosa maligna. Con ella vino Sandalio, que era su esposo, y entró también a nuestro servicio, como lindero.

La mujer, que se llamaba Anaika, no se adaptó al ambiente; y una nostálgica aguda evidencié bien pronto los efectos de ese choque.

En cambio, yo pensaba: —Anaika es tan bella, que está triste de serlo. Padece la carga de su belleza, como la rama que se dobla en la fuerza de los frutos. Toda feble plentitud tiene melancólico el rebosamiento. Es su falta, de feble pesadumbre, a flor de cenida, en su pitagora rápida; y los nativos que se alimentan de coco la desmaza de los millonarios que toman baños de sol en esas playas, la miraban pasar superando sus masas, con la mano inmóvil y la boca abierta. De haber nacido en las márgenes de nuestra Paraná, hubiera sido aludada por los autóctonos con el nombre de Hini-namibi, que significa «pa. Lina negra».

Ella se pasaba las horas acurrucada en cualquier rincón, o solitaria, en algún banco del jardín, aferrando su cabeza de bambú en la ida salvaje y las diligencias de Sandalio para neutralizar los efectos de ese desmayo, no lograban nunca dispersar. Su estado de ánimo, después de las intenciones persuasivas de Sandalio, se manifestaba con esta frase:

—Mientras viva la niña, tendré que estar a su lado... En esta casa grande, lejos de mi tierra...

De modo que, para ella, lejos de pensar en amoldarse a la nueva vida, mi hermana era como un obstáculo que la privaba de disfrutar su existencia primitiva, al lado de sus familiares, entre los cocoderos y los mones.

Al poco tiempo, la pequeña Livia empezó a adelgazar en forma alarmante; se tornaba enclenque, estaba muy pálida. Al principio no se le dio mucha importancia al asunto, atribuyéndose el cambio experimental por la niña a uno de los tantos desarreglos



El Herido Desconocido Anochecía. En el almuerzo no hay nada que tres hombres. De pronto entra un correntino. Salta la boca un gran mancha de sangre. Suda abundantemente. Desempeña su herida para articular:

—Escúdenlo.

Uno de los participantes se levanta y ordena al almuerzo: —Cierre en seguida.

Complida la precesión antipática, llevado el hombre a la puerta, se le interroga:

—¿Que diablo has hecho?

El herido, después de un momento, responde:

—Alguno sus presidente me a informaron. El filo ha sido a la vista. Cerca del ocozo está la casa de auxilio. Un hombre, con una calera herida, sale de ella, acompañado por oficiales y agentes de policía.

—Que pasó? (Recí la verdad!) — le inquiren otros.

No sé. Estaba borracho y se me escapó un tiro. Alguien, de afuera, envió que yo le tiraba y no contesté. No alcancé a ver. Me tira al suelo con otros dos compañeros. El tipo tenía que estarnos lejos y salir corriendo.

El informante retorna al almuerzo.

—¿Está bien? — continúa el interrogado. La otra vez que nos encontramos, terminamos este asunto.

No sé. Estaba borracho, me solé volar al ante al dolor punzante de las heridas. Dos otros que no se desahucen. Que se conocen y espasmo, agitando una diatona carta, en que la jarra en juego está la muerte.

New York en venta

TENEN algo Nueva York, que no le es posible ceder. Que Nueva York, en su poder, no se pueda negar, más allá de la zona económica, que no le es posible ceder. Que Nueva York, en su poder, no se pueda negar, más allá de la zona económica, que no le es posible ceder.

Solari Amondarain

Ilustración de Guevara

Las tan bien llamadas boticas — por el hecho de almacenar de todo — son comercios que además de específicos y preparados farmacéuticos, nos venden libros, relojes de escritorio, útiles de oficina, papeles, cigarrillos, máquinas de escribir, etc.

También en ellas podemos "hacer". Hay sándwiches, panes, pastas de pollo, dulces, helados, etc.

El segundo objeto es el que en realidad, vale como un centavo. El comprador, encuentra pero el vendedor, en el precio global hace sus cuentas. Cálculos que, por cierto, debe hacer muy cuidadosamente, porque si no, perderá su negocio.

Y hasta las empresas de pompas fúnebres vienen usando ya el procedimiento: un ataúd, veinte dólares; dos ataúdes, veinte

dólares y un centavo. Un ataúd, cien dólares, dos ataúdes, cien dólares y un centavo.

Los llamados "Pye and Ten Cent Stores" (tiendas de cinco y diez centavos) ofrecen una gran diferencia en sus precios de los artículos que venden. Aquellos, como los conectorios que infectan su atmósfera, abundan en Nueva York. En ellos todo vale cinco y diez centavos, no más. Están surtidos de: botines, calcetines, calcetas, reverbos, cremas, jabones, artículos eléctricos, radios, discos, dulces, gallinas cocidas, dientes postizos, pelucas, etc.

Estos últimos son de juguete. A solo cinco y diez centavos; y a pesar de estos dos precios, en cada artículo hay diferenciación de calidades. Así, medias a cinco y diez centavos el par, y también a diez centavos cada media.

Este último precio es la cadena de lo que, nos nos da el día. ¿d, cuestan 20 centavos el par. Lo mismo pasa con todo. Un precio es real y el otro, más elevado, de "banca peluquera".

Igual pasa con los perfumes: si 10 cuesta la esencia, para cuando uno no se la va a llevar en el bolsillo, debe pagar 0.10 más, por el frasco. Los hay también a cinco centavos, pero éstos ya no son perfumes sino aguas de olor.

Recuerdo, vi protestar, arrojando, a un señor que se había hecho envolver una manguera de café, creyendo que sólo valía diez centavos. ¡Yaya una gaseita!... Y era que diez centavos cubrían cada pieza, y con la tapa, eran veinte las piezas que tenía.

Otro entusiasmo me lleva a la ya, toda una historia de cosas, completa, por diez centavos... y había que ver a los pobres hombres cuando uno que a 10 centavos cada cochete.

Si diez centavos le causan a usted una mancha en la cara, lo más bien de un día y todo, pero otros diez más, lo de pagar usted por su mancha.

En el arte de vender, Nueva York, es la más poderosa de la tierra. Tiene calles cuya actividad son las "capercherías" otras cuya exclusividad son artículos para radios. Otras en las que cada puerta es una peluquería... y las hay, en las que no se cuentan más que capillos de dientes... Pero tiene la calle 14, que es algo así como una reunión innumerable de su autódromo manifestación artística.

Todo el mundo viene algo. Me cruzo con un viejo vendedor de cosas que lleva a cuestas toda su tienda; cuenta un conocido escritor. Revelista de tubos negros y rojos, sobre la espalda lleva unos relojes y al cuello un collar de ébano.

En cada puerta, interrumpen, de la audaz de los patrones, por de repente vendedores, nos ponen en las miradas, algunos de ellos, a prueba de los más raros colores; jaleones no menos halados; lápices y otros colores más variadas combinaciones; artículos eléctricos; relojes a prueba de golpes; libros amuletos de exóticos contenidos; prepaños contra la calefacción; contra los callos y contra todos los dolores; vasos y copas irrompibles; cartones pagadores; una zona de California y hasta carabinas cubanas.

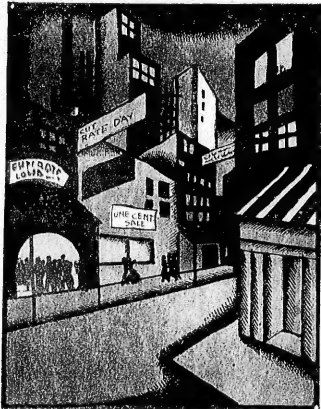
¿Y el Bowery? Eso es lo que es el Bowery. Si son necesarios varios meses, como se ha dicho, para comprender la gran idea de la humedad de Londres, si se necesitan varias semanas para experimentar el aire fresco de París... en el Bowery, habremos comprendido Nueva York... Las calles de esta barriada son torres y maldiciones. Canal Street, su arteria más amplia, aporta un poco de aire, de luz y orden social. Toda la barriada en una inmensa olla de calderas de ropas usadas. Las tiendas ambulantes están, a ratos, empalizadas en los pestillos de cordones y canchales de las aceras. Y al surtido le componen, prendas de vestir que han pasado por varios dueños. Hay de todo, desde calzoncillos hasta calzones. Zapatos, sombreros, camisetas, ligeros, calcetines, pantalones, corbatas, etc. Hasta aquí llegan los productos de la fortuna, restos de aquellos quince o veinte centavos salvados en la tienda de la paraférica virtud de aditamentos más aún, en la miseria.

Se quitan los zapatos, que los han llevado hasta allí y se están otros más deteriorados, re-chorando una agradable moneda de diez centavos. Así dejan en la plaza caldera del Bowery, hasta la esquina y las medias. Y estas prendas, en menos de una hora, han cambiado varias veces de dueño.

Todo se hace en plena calle, a la luz del día; cuando más, en cruz de tratarse de una prenda "desechada" (usada), el cliente se senta o se sienta en una pequeña hamaca que suele ser de arpillera, o simplemente de papeles de diarios.

Entre clientes y proveedores, se producen a instantes, acaloradas discusiones. Dicen los primeros la calidad y el precio de costo, exhiben sellos de garantías famosas como John Deere, Volkswagen, etc., pero todo es inútil: en la Bolsa de la Bolsa del Bowery, sólo se trata por el valor actual.

PELOPONESO, JAZMIN



restaurantes de Nueva York, hay que engullir pasado 24 que no hay tiempo para comer en todo.

En estas isletas, que parecen, en realidad, y en determinadas días, como unas grandes cartones que anuncian "El día de la mujer" (día de corte de pelo). Se entones que a un precio ínfimo y único, compra uno, todo un lote de cosas. Así por ejemplo, "dos días de veinte centavos", nos dan por eso reducida cantidad, un peine, una tina de baño de tortuga, un par de medias, un jabón, un libro, un boludo y un purgante. Todo por sólo veinte centavos. O sea, un frasco de perfume — cuyo color nos hace creer que aquello ha de perfumar — un auricular, un frasco de magnesia, un detersivo, crema dentífrica, un desodorante que luce "La Marcellona", y algún otro cacharro más por el estilo. Todo es a elección y sólo por veinte centavos.

También hay, y esto no sólo en las boticas sino en todo género de comercios, los llamados días de "Oce está Sale", venta de un centavo. [Esto es lo que se vende]. Todo lo que a usted pueda ocurrirle sólo cuesta un centavo.

El truco es el siguiente. Un traje, diez dólares; dos trajes, diez dólares y un centavo. Un bañador, tres dólares; tres bañadores, tres dólares y un centavo. Un diccionario, ochenta centavos; dos diccionarios, ochenta y un centavo. Una pargu, cincuenta centavos; dos pargus, cincuenta y un centavo. Un fonógrafo, cinco dólares; dos fonógrafos, cinco dólares y un centavo.

